



EL SUR
(REIVINDICACION DE UNA POETICA
DE LA FANTASIA EMERGENTE)

JOSÉ M. SARRIEGUI PERELLÓ

El sur es un desierto que llora mientras canta

(Luis Cernuda)

Dormitan en ignotos vericuetos las ignoradas ideas, a la espera de que una luz insopechada alumbre el camino que conduce al texto. He leído hoy —hoy mismo, un día cualquiera, cualquier día de los días— un poema de Luis Antonio de Villena, relanzado juglar encuadrado entre los poetas llamados “venecianos”. “Al Sur, en una pequeña ciudad provinciana” es su título, y él es, de manera indirecta, el responsable de estas líneas. La sugerente, cautivante atmósfera que evoca me ha traído a colación una interrogante sobre la que ya hacía cierto tiempo que volvía y volvía. Aparentemente inofensiva, percutte demandando una respuesta, se alza omnipotente, dice: *¿qué es el Sur?* Y me decido a intentar contestarla, aunque lo que salga sea sólo un esbozo rudimentario, un incipiente punto de partida. No se trata de racionalizar lo que de intuitivo-sensible tiene el Sur, sino, como está dicho, de reivindicar una poética de la fantasía emergente, un desenterrar urgente de la imaginación desterrada, *un paganismo nuevo* luminoso y ardiente.

El Sur es, digámoslo ya, un espacio de confluencias, una Meca mítica que sugiere lecturas diversas, que se entrelazan y enredan, pero que pueden formar un tejido radiante si al paciente “sastrecillo valiente” se le enhebran de la adecuada forma los hilos de la trama.

Dice **Eugenio Trías** que no existen actos creativos, que éstos siempre son re-creaciones, pero deja un lugar abierto para la combinatoria de ideas preexistentes: acaso, pues, la tarea del creador consista en ir trayendo a una reunión voluptuosa el desorden primigenio de las ideas. Traerlas y ver si se avienen, si se engarzan, si se enzarzan, o si, por el contrario, inician de inmediato una contrafuga hacia su caos originario. Entender el Sur es ir atando cabos: veamos cuáles son éstos, para observar posteriormente si se anudan con resistencia o con fragilidad, o con una cierta resistencia o una cierta fragilidad.

Creo que es **Rilke** quien dice que la infancia es la patria del hombre. En primer lugar, el Sur es —biográficamente entendido— nuestra infancia. El espacio y el tiempo del misterio, la sorpresa, la imaginación y el juego. ¿Irremediablemente perdidos? No. Per-viven en la memoria y pueden rescatarse, como lo hace **Fernando Savater**, vía **Bataille**: “la literatura es la infancia al fin recuperada”. También lo hace así **Proust**, horada el recuerdo a *la búsqueda del tiempo perdido*, y pone en boca de uno de sus personajes, probablemente el más sureño de todos ellos:

Yo nunca me dejo influir por las perturbaciones atmosféricas ni por las divisiones convencionales del tiempo, y rehabilitaría con gusto el uso de la pipa de opio y del kriss malayo; pero ignoro el empleo de esos instrumentos, mucho más dañinos, que se llaman reloj y paraguas.

Es bien sabido que, según el psicoanálisis, la infancia es la fuente de nuestros temores y neurosis de adultos. Volver a ella es un acto de madurez que el adulto y el niño que nos pueblan convienen en llevar adelante. Tal vez la madurez no sea otra cosa que un gran rodeo al reencuentro de ese tiempo remoto, ajeno a las mixtificaciones, anclado *al otro lado del espejo*.

La segunda idea que se me ocurre es la intelección del Sur en tanto que paraíso perdido, es decir, la recurrencia al tema en cierto modo tópico (y tan denostado) de la originaria edad de oro, referida aquí en su sentido histórico-mítico. El paraíso perdido está en la base de numerosas interpretaciones pre-rationales del fenómeno de la vida: la más conocida de nosotros la inherente a la tradición cristiana. Es en ese edén inicial en donde el hombre vive su feliz inocencia hasta ser tentado: comprende que puede vencer la omnipotencia de Dios y “peca”: se adentra en las intocadas regiones del conocimiento racional, en los caminos procelosos de la ciencia. Es la venganza de la razón sobre el mito, es el comienzo de la rebelión frente a la avasalladora naturaleza, la conciencia de que en sus propias manos, en las manos del hombre, está el transformar la realidad. El *non serviam*, la caída propiciada por el sabio demiurgo razonante, ángel ya caído tras su renuncia a la servidumbre, inicia la historia, consolidada en la dialéctica Caín-Abel: algo ha de dejar de ser para que el progreso se produzca. Después vendrá el sentimiento —también de raíz judeocristiana— de la culpa. Y el diablo tendrá pocos abogados. Uno de ellos, **John Milton**, alabará su rebeldía, y cantará como nadie la felicidad de la nueva situación nacida del “pecado”. **Giovanni Papini**, gran fiscal del Reino, lo sentará en el banquillo de los acusados de su “Juicio Universal”. Y así se defiende Milton (la cita es larga, pero la reproduzco por ser altamente significativa):

El Paraíso Terrenal era físico, material, sede de una felicidad obligatoria y sin mé-

ritos. Adán no podía, en su primer estado, ni obrar, ni producir, ni aventurarse, ni arriesgarse o vencer. Su felicidad era, en el fondo, epicúrea y casi pasiva. La expulsión del Paraíso Terrenal fue para Adán, según mi orgulloso concepto, ventura más que desventura. Así pudo dirigirse a la búsqueda de otro paraíso, no ya exterior, sino completamente interior; no ya don gratuito de lo Alto; sino fruto de su voluntad, de su trabajo, de su propio genio; el Paraíso de la sabiduría humana, del pensamiento, del arte, de la poesía. La Caída fue para el hombre el verdadero principio de su ascensión, de su personal y voluntariosa redención.

Estamos ante el nacimiento del yo, la decisión cumbre del hombre: va a ir por su cuenta, va a luchar por conquistar el Universo. Tras un aletargamiento de siglos, el Renacimiento daría nuevos y definitivos bríos a esta opción. Y, sin embargo, apenas iniciado el portentoso ascenso, la travesía con Caronte, ya se abría paso la duda, la incertidumbre. Es hoy un lugar común el considerar al siglo XIX como uno de los más fructíferos en el orden de las ideas. En él se entremezclan en un ovillo gigantesco una pléyade de concepciones del mundo. Se piensa y se imagina mucho: se imagina no sólo un venidero futuro de bienestar universal, desde los socialistas utópicos hasta un Marx más posibilista, sino que se imagina también el pasado, recreándose supuestas edades de oro pretéritas. Se anhela, en resumen, torcer el camino y retornar al Sur —a un Sur insuficiente— donde habite la armonía. El movimiento historicista en arquitectura es la más visible muestra de esta mirada sobre el pasado. Pero pensemos en un Hölderlin que revive la Grecia clásica, o en la recuperación de la Edad Media como época carente de conflictos, en la que los papeles están definitivamente repartidos y nadie sueña transtocarlos —duerme el ángel rebelde. Es la respuesta de la burguesía al auge e insumisión del proletariado. Se reivindica el arte por el arte, arraiga el formalismo de Wölfflin, surge el prerrafaelismo como tendencia pictórica (Burne-Jones recrea maravillosamente el edén armónico, la compenetración perfecta entre hombre y naturaleza: la bondad rousseauiana de sus personajes es la reivindicación de todo lo que el siglo, con sus crispaciones, niega). Y al mismo tiempo, otras corrientes de signo opuesto se afirman, desde la reacción antibíblica propiciada por el darwinismo, con su polémica creacionismo versus evolucionismo y la fe ciega en el progreso científico ("El Arbol de la Ciencia" de Baroja como ejemplo), el apogeo del positivismo, reduplicador tautológico de la realidad, con su correlato literario en el naturalismo de los Zola, Stendhal, Balzac, etc. (el problema del determinismo como "leit-motiv"), hasta las posturas individualistas, antihegelianas de Nietzsche —optimista— o Schopenhauer y Kierkegaard —pesimistas—. En pintura, el siglo acaba con dos gestos: los nenúfares de Monet y el arrebato de Van Gogh.

Como vemos, un movimiento doble, de repliegue y de despliegue, se verifica. Es lo propio de las épocas de cainismo, motor del desarrollo histórico. Por un lado, una actitud conservadora de freno y vuelta atrás —al primer paraíso de Milton, el Terrenal—; por otro, una actitud de progreso en los cambios para el alumbramiento de una nueva situación de bienestar —el segundo paraíso en la cita de Milton, el del pensamiento, el arte, la poesía. De nuevo se parte de un sur, inocente y gratuito, se avanza hacia el norte, madurez y conocimiento, escepticismo y despecho, y se alumbrará un nuevo sur, más potente por consciente: el de la fantasía y el juego, carnavales venecianos, la Comedia dell'Arte.

Hoy por hoy, frente al norte tecnológico y desarrollista, se alza el sur utópico y eco-

logista; frente al norte de la razón razonante —tautologizando—, el sur de la razón imaginante —creando—; frente al sedentarismo inviolable (cada día es el mismo día), el nomadismo impronosticable (cada día es otro día).

Nomadismo porque, en tercer lugar, el Sur es el territorio de la aventura, sus espacios ignorados, la admiración ante lo inesperado. Geográficamente incluso, el Sur es África, “continente del futuro”, según rezan los más estúpidamente modernos eslóganes publicitarios vomitados para los “mass-media”. Si en el Norte la aventura es lucha *artificial* por la vida, surgida en el agreste remontar la agresión constante, la ambición latente, la “contracorriente en el océano de rumores colectivos” (la expresión es de Ortega), en el Sur, la aventura es producto directo del enfrentamiento con la naturaleza, esa endiablada caja de sorpresas. Y aunque Cioran se empeñe en que “las hazañas sólo son posibles cuando la autoironía aún no ha hecho estragos”, justamente las hazañas son la mejor inmunización contra los estragos autoirónicos. Y dejo aquí la cuestión de la aventura, pues doctores tiene la iglesia para hablar sobre el tema. Sólomente una cita, que me prestan, perteneciente a **Claude Tresmontant**, un heterodoxo hermeneuta de los evangelios:

El rico es aquel que pretende escapar a la condición nómada, que es la condición humana, mediante la construcción de ciudades, de palacios, y mediante la acumulación de riquezas. Cierra así los ojos a un elemento inherente al destino humano: su condición peregrina. El hombre es un ser inacabado, un ser que viaja hacia alguna parte. Instalarse no es bueno para él. La riqueza es precisamente una tentativa de instalarse aquí. Es una negación del nomadismo.

Cuenta una leyenda pagana que estando Perséfone recogiendo flores en el valle del Nisa fue raptada por Hades. Trasladada al infierno, Démeter, madre de Perséfone y diosa de la agricultura, sufrió tal aflicción que abandonó a su suerte las tierras y cultivos. Ante el temor a que se extendiera el hambre, Zeus ordenó la inmediata liberación de Perséfone. Esta, sin embargo, había ya comido una semilla de granada en el infierno, por lo que nunca podría ser completamente libre. Perséfone pasaría desde entonces la tercera parte del año en el averno, siendo libre durante el resto. Es la explicación mítico-poética de la sucesión de las cosechas, de la fertilidad de la tierra, siempre interrumpida por una temporada de esterilidad y yermo. Es el correlato temporal del anhelo del Sur y la necesidad del Norte. Es lo que el lector quiera: isiga el texto tejiéndose en su imaginación!

Ir. Buscar. Estar yendo. Estar buscando... el Sur... *al otro lado del río... y entre los árboles...*